

jason mott

*La chica de los
prodigios*

Traducción del inglés

Noemí Risco Mateo

 NOCTURNA
EDICIONES

Título original: *The Wonder of All Things*

© de la obra: Jason Mott, 2015

© de la traducción: Noemí Risco Mateo, 2016

Todos los derechos reservados, incluido el de la reproducción total o parcial en cualquier formato. Esta edición se publica por acuerdo con Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son o bien producto de la imaginación del autor, o bien usados en un sentido ficticio.

Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, hechos o lugares es mera coincidencia.

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid

info@nocturnaediciones.com

www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna Ediciones: junio de 2016

Preimpresión: Elena Sanz Matilla

Impreso en España / *Printed in Spain*

Imprenta Kadmos, S.C.L.

Código IBIC: FA

ISBN: 978-84-944243-7-3

Depósito Legal: M-10578-2016

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

A aquellos que nos ayudan a superar lo imposible.

1

Por una vez, la muerte fue compasiva.

Eso dirían los habitantes de Stone Temple tras lo ocurrido. Fue a finales de otoño, cuando ya se preparaban para un invierno prematuro. Las nubes eran densas en los días anteriores al Festival de Otoño, lo que significaba que les esperaban unos meses duros y fríos. El festival era su forma de despedirse de las mangas cortas, de la temporada de turistas, de las cigarras y del licor de manzana en el porche delantero al atardecer.

El plato fuerte sería Matt Cooper, que los entretendría con las acrobacias de su avión. Era una de las dos personas que se habían aventurado a salir de Stone Temple y, al regresar, el mundo conocía su nombre. Se había hecho piloto de un espectáculo aéreo itinerante y, cuando podía, iba al pueblo con su biplano pintado de rojo, blanco y azul para demostrar a sus paisanos que no los había olvidado. Aterrizaba en el campo abierto donde se celebraban fiestas y barbacoas. La gente del pueblo no sólo le quería por sus acrobacias, sino

por cómo había desafiado al destino de tantos otros que se marcharon, quedaron destrozados por el mundo exterior y volvieron con el sombrero en la mano.

De modo que, el día del festival, se instaló la noria junto con las carpas de los juegos, los comerciantes y los puestos donde se cocinaban dulces, y había un concurso para las verduras de mayor calidad y otro para la mejor receta de pan de jengibre. El pueblo entero había salido y se respiraba un aire denso y dulce en varios kilómetros a la redonda cuando, a última hora de la tarde, Matt Cooper por fin subió a su avión y empezó a zumbir sobre la tierra. Los vecinos tomaron asiento en las gradas improvisadas y el viejo silo de cemento se convirtió en la cabina de retransmisión. Encima se habían sentado un par de hombres para comentar a voz en grito los trucos y las técnicas de Matt Cooper. Con frecuencia, recordaban tanto el peligro inherente como, siempre que era posible, el hecho de que al nacido en Stone Temple le hubiera «ido bien». La gente estiraba el cuello y contenía la respiración.

El avión ascendió derecho, con la hélice cortando el viento y el motor zumbando, un sonido que se suavizó al estirar la goma de la gravedad y elevarse hacia los cielos. Las montañas podían interponerse entre el hombre y la tierra en ese momento. Finalmente, la muchedumbre dejó de contener el aliento. Todos exhalaban y, aunque sabían que Matt Cooper no podía oírlos, aplaudieron.

Cuando la marea de su aplauso retrocedió, oyeron que el motor renqueaba. El zumbido se interrumpió, luego volvió a empezar y se cortó de nuevo. Pasó lo mismo tres veces antes de que reinara el si-

lencio en el cielo. El silencio continuó. Porque el avión estaba tan lejos sobre sus cabezas que la multitud tardó unos instantes en comprender que estaba cayendo. Durante mucho tiempo pareció estar parado, una tenue estrella roja ardiendo en la distancia. Entonces terminó el silencio y llegó la oscura y larga aria de un hombre —al que el pueblo de Stone Temple consideraba el mejor— desplomándose.

Es difícil calcular el espacio de tiempo entre el momento en que el avión de Matt Cooper comenzó a caer y cuando finalmente se estrelló. Algunos dirían más tarde que todo fue demasiado rápido para entenderlo. Otros, que jamás se hubieran imaginado que el horror pudiera durar tanto.

Entonces terminó la espera.

Matt Cooper estaba muerto, el fuego ardía y el silo sobre el que los comentaristas se habían sentado quedó destrozado, con fragmentos del avión de Matt Cooper esparcidos a su alrededor como hojas caídas. Reinaba el pánico.

Pero, por la razón indeterminada por la que a veces suceden estas cosas, el azar fue amable. Los restos del avión envolvieron a los presentes como espuma de mar. Los dejó ensangrentados y, en algunos casos, con huesos rotos, pero la Muerte se contuvo. Mientras comprobaban cómo se encontraban unos y otros, seguían intentando apagar el fuego y examinaban cuidadosamente entre los escombros del silo. El único muerto que hallaron fue Matt Cooper, que falleció al instante cuando el avión alcanzó el edificio. Hasta los comentaristas, posados encima como pájaros, habían sobrevivido de algún

modo. Cuanto más tiempo pasaba, más personas esperaban hallar cadáveres, que disminuyera el número de vivos en este mundo. Pero era un día de milagros.

Así fue como, con nerviosismo, encontraron a dos críos enterrados en una bolsa de cemento y acero bajo el silo. Estaba construido con una infraestructura de cañerías de acero que, al derribarse por el avión, había creado pequeñas bolsas. Macon Campbell, el sheriff del pueblo —un hombre de piel morena muy ocupado, que había logrado superar casi toda la treintena con tan sólo un puñado de cosas que desearía haber hecho de otra manera—, distinguió a la pareja entre los escombros. Por un momento no fueron más que unas formas bajo la luz tenue, pero luego se dio cuenta de que uno de ellos era su hija, Ava. El otro, su mejor amigo, un muchacho llamado Wash.

El miedo recorrió su interior como si se hubiera tragado un rayo.
—¡Ava! —gritó—. ¡Ava! ¡Wash! ¿Me oís?

Su hija respondió moviendo una mano. Tenía el cuerpo doblado en un ángulo incómodo —en posición fetal, recogido como un lazo— y se hallaba medio enterrada por los escombros. Pero estaba viva.

—Gracias a Dios. Todo va a salir bien. Voy a sacarte de ahí.

La niña contempló a su padre con miedo y lágrimas en los ojos. El labio le tembló y miró a su alrededor, intentando comprender cómo había sucedido aquello, como si el mundo hubiera roto una promesa en la que ella siempre había creído. Estaba rodeada de cemento y acero puntiagudo, dispuesto a venirse abajo.

—¿Puedes moverte?

Ella respondió removiéndose. Primero, la mano, lenta y vacilante; después, poco a poco, las demás partes del cuerpo. Tenía cemento encima de las piernas, pero, tras unas cuantas maniobras, consiguió zafarse.

—No te muevas demasiado —le advirtió Macon a través de una pequeña y estrecha brecha en los escombros. Podía pasar un brazo y parte del hombro, nada más. Necesitaría ayuda y tiempo para retirar los restos y sacarlos sin problemas. En busca de refuerzos, gritó hacia la multitud que tenía detrás—: ¡Aquí hay unos niños!

Fue después de liberar las piernas cuando Ava vio al chico, Wash. Estaba inconsciente y enterrado en los escombros hasta el pecho.

—¿Wash? —le llamó, pero el muchacho no respondió y ella no sabía si respiraba—. ¿Wash?

Tenía la cara manchada de polvo y un pequeño moratón en la frente. Por naturaleza, él era pálido, algo de lo que se burlaba Ava siempre que tenía ocasión, pero en aquel momento había algo diferente en aquella palidez. Parecía blanqueado, como una fotografía que se ha dejado demasiado tiempo al sol. Entonces descubrió la vara de acero sobresaliendo de su costado y la sangre que rezumaba de la herida.

—¡Wash! —gritó Ava, y comenzó a arrastrarse hacia él.

—Ava, no te muevas —le ordenó su padre, que intentaba meterse de nuevo por el pequeño hueco entre los escombros. Pero sólo le cabían el brazo y el hombro—. Ava, estate quieta. Esta cosa no es estable.

La niña no se detuvo. Mientras observaba a Wash, continuaba deslizándose hacia él. Al llegar a su lado, le colocó las manos encima y esperó sentir algo que indicara que seguía vivo. Luego se acercó más a su rostro, justo encima de la boca abierta, y buscó su respiración. Sin embargo, era difícil entender lo que percibía. Estaba llena de moratones y arañazos por el silo derrumbado, tenía miedo; todos los nervios de su cuerpo parecían estar hablándole al mismo tiempo y ahogaban cualquier rastro de aliento que pudiera haber sentido escaparse por los labios de Wash.

—¿Está vivo? —inquirió Macon.

—No lo sé —contestó Ava—. Está herido.

Le colocó la mano en el cuello y esperó percibir su pulso, pero las manos le temblaban y el único latido que sentía era el estruendo del suyo propio por el miedo.

—¿Qué tipo de herida tiene?

Por fin llegaba la ayuda: bomberos y voluntarios. Pero apenas acababan de empezar a intentar resolver el acertijo de cómo estabilizar los escombros y sacar a los niños.

Ava oyó gritar a su padre dando órdenes, a gente respondiendo a voces. Hablaban de vigas, varas de acero, gatos hidráulicos, grúas... Pronto se convirtió en un coro incoherente. Para ella sólo existía la herida en el costado de Wash, la imagen de la sangre derramándose sobre el polvo.

—Tengo que hacer algo —dijo Ava, y lo agarró por debajo de los hombros.

—¡No! No lo muevas. No lo toques.

Pero era demasiado tarde. Tiró de los hombros y, en cuanto lo hizo, los escombros que le cubrían se agitaron con una gran y horrible sacudida. La vara que sobresalía de su costado se soltó y la sangre fluyó más deprisa.

Macon pidió ayuda a gritos. Ava chilló.

—Lo siento... lo siento... —farfulló una y otra vez con miedo.

Las manos saltaron nerviosamente ante ella; no sabía dónde ponerlas. Estaba dividida entre las ganas de ayudar al chico y la conciencia de que lo que acababa de hacer había empeorado las cosas.

—¡Ava! —la llamó Macon.

Al cabo de un rato, su hija le oyó.

—Lo siento —repitió.

—No pienses en ello. Pon las manos sobre la herida. Ponlas encima para que la sangre no brote tan deprisa. Aguanta. —Por tercera vez, aunque sabía que era inútil, trató de pasar por la pequeña abertura. Por tercera vez no lo consiguió—. Pon las manos en el costado y oprime, pequeña.

Lentamente, Ava apretó sobre el costado de Wash. Notó el pulso de la sangre mientras se derramaba sobre sus manos. Cerró los ojos y lloró. Tuvo esperanzas. Le rezó a un dios al que, a sus trece años, no conocía, ni siquiera creía en él. Pero en ese instante habría creído en cualquier cosa o persona. Habría dado lo que fuese para que su mejor amigo viviera, para que se curase.

Entonces notó en las manos algo similar al frío, un entumecimiento en las palmas y la sensación de que unas agujas le recorrían los brazos. La voz de su padre llamándola se desvaneció. El sonido de

todo desapareció y la oscuridad de sus ojos cerrados se volvió más negra que nada que hubiera visto antes.

En esa oscuridad, vio a Wash. Se hallaba allí en medio, con su pálida tez casi resplandeciente. Estaba magullado, tenía un corte en la frente y la ropa, llena de tierra por el silo derruido. La parte derecha de su camisa se había rasgado y de la herida manaba sangre. Pero él parecía no advertir aquello. Se limitaba a mirar a Ava con una expresión que no revelaba nada.

—Tranquila —dijo Wash. Sin embargo, sus palabras sonaban como si las pronunciara la madre de Ava, que llevaba muerta ya cinco años—. Todo va a salir bien.

Sonrió, y las pequitas que le salpicaban la cara se asemejaron a la canela espolvoreada sobre un trapo. Cuando se rió, lo hizo con la voz de la madre de Ava.

Entonces, la niña abrió los ojos. Su padre continuaba gritando su nombre. Todavía tenía el cuerpo amoratado y dolorido. Seguía arrodillada junto a Wash, con las manos tapándole el costado y los dedos pegajosos por la sangre. Oyó ambulancias. Oyó gritos. Oyó a varias personas llorando: llorando de miedo, llorando por la pérdida de Matt Cooper, llorando porque no entendían que aquel día se hubiera vuelto así de duro tan rápido.

En ese momento, oyó la voz de Wash:

—¿Ava? —dijo, y abrió los ojos—. ¿Ava? ¿Qué has hecho?

Se llevó la mano izquierda al estómago y la colocó sobre la de ella.

—¡No, Wash! —respondió enseguida—. ¡Tengo que mantener las manos encima! ¡Estás sangrando! ¡Tengo que detener la hemorragia!

Pero no tenía fuerzas. Se sentía mareada y no pudo resistirse cuando él se la retiró.

Debajo de donde habían estado sus manos —donde antes había una vara de acero saliendo del cuerpo del chico, perforando órganos y presagiando que ni las vidas de los niños estaban aseguradas—, sólo quedaba la piel del muchacho, perfecta e intacta.

—¿Qué has hecho? —volvió a preguntar Wash, mirándola.

Entonces, para Ava, el mundo comenzó a desmoronarse, como si las bisagras que mantenían el nivel de la tierra se hubieran roto. La visión de Wash se convirtió en una tenue penumbra. Luego, la penumbra desapareció y la sustituyó una oscuridad vacía, sin límites.

La noticia de que había curado al chico se extendió como la pólvora. Alguien lo había grabado con la cámara de un móvil. Había subido el vídeo, lo habían compartido y transmitido por todo el mundo. Saltó de las pantallas a los ojos, a los labios, a los oídos, avivado por la llama de la imaginación de un planeta que había dedicado demasiado tiempo a albergar la secreta esperanza de que existiera alguna clase de confirmación de lo milagroso.

Durante los siguientes días, en el hospital, el padre de Ava estuvo sentado a su lado, aferrado a su mano. Hablaba, aunque la niña no siempre estaba lo bastante consciente como para reconocerle. Se encontraba aturdida y, por la expresión de su padre, sabía que no estaba bien. El hombre parecía preocupado, asustado, renuente, pero también tenía determinación en los ojos. La había mirado así

una vez, cuando ella y Wash estaban jugando en el bosque detrás de la casa y se cayó sobre un trozo de madera que se le clavó casi cuatro centímetros en el muslo.

Macon la había llevado a casa y la había sentado en la mesa de la cocina para examinar la herida y el trozo de madera que sobresalía como una flecha rudimentaria. Había puesto la misma expresión que tenía ahora al lado de la cama, un gesto que le decía que aún quedaba mucho por hacer antes de que empezara a curarse.

Ava vio a más personas de pie en la habitación, esperando. La mayoría eran médicos, pero también había otros: gente con cámaras y micrófonos. Todos los del cuarto, incluido Macon, llevaban identificaciones de seguridad. Cada vez que alguien abría la puerta para entrar, se colaban los gritos y el sonido de los *flashes* que provenían del pasillo. Fuera distinguió a un trío de policías.

—¿Ava? —la llamó Macon. La niña no se había dado cuenta, pero se había vuelto a quedar dormida. Sentía el cuerpo muy lejos, flotando como un globo sobre la superficie de un lago, y se esforzaba por mantener los ojos abiertos—. Ava, ¿me oyes? —insistió Macon—. Voy a hacerte un par de preguntas para esta gente tan amable, ¿vale? Tú mírame a mí y haz como si sólo estuviéramos nosotros dos. Te prometo que será rápido.

Un hombre que había estado de pie por ahí cerca con una cámara de vídeo dio un paso hacia delante y ajustó un micrófono colocado al borde de la cama de Ava, entre ella y su padre. Comprobó algo de su equipo y le hizo a Macon una seña de afirmación. Otro hombre sacaba fotos. Se movió alrededor de la cama, aga-

chándose y poniéndose de pie, captando a Ava, luego a Macon y a los dos juntos.

Macon volvió a apretar la mano de su hija para atraer su atención.

—¿Alguna vez había pasado esto? —inquirió, y el obturador de la cámara produjo un clic. Después, Macon planteó otra pregunta y Ava no supo si había respondido o no a la primera. El tiempo no era lineal para ella. Burbujeaba como el aire por el agua y no estaba segura de su profundidad—. ¿Desde cuándo eres capaz de hacerlo? —continuó Macon—. ¿Cuándo fue la primera vez?

De nuevo, el paso del tiempo resultó confuso, y entonces todos los de la habitación se pusieron a hablar a la vez, lanzándole a voces preguntas a Macon, gritando en busca de mejores respuestas.

—¡Usted tenía que saberlo! —gritó alguien.

La acusación fue seguida de varios *flashes* de la cámara, que captó para la posteridad la expresión de Macon.

Ava vio que su padre aguantaba lo mejor posible. Llevaba puesto el único traje que tenía, gris marengo con una camisa azul clara. Estaba raído por algunas partes y tenía una mancha en la parte trasera de una vez que fue a un funeral y un amigo lo llevó a casa en una camioneta con los asientos llenos de grasa. A pesar de ello, a Ava siempre le encantaba verlo vestido con aquel traje.

—Es suficiente por ahora —anunció Macon a todo el mundo con una voz grave y retumbante: la voz de un hombre que no sólo era padre, sino también sheriff—. Apenas está consciente y no voy a atormentar a mi hija porque queráis respuestas. Vosotros y todos los demás tendréis que esperar.

—Hágale más preguntas —pidió uno de los médicos. Se llamaba Eldrich (Ava había oído a su padre más de una vez gritar su nombre mientras discutían) y era un hombre bajo y delgado, con un penoso peluquín. Tenía la cara roja por la frustración—. Todavía no sabemos nada —espetó—. Cómo empezó todo esto, desde cuándo es capaz de hacerlo, cómo lo hace... Y usted, sheriff, lo sabía. Tenemos que hacerle más pruebas. —Su voz dejaba traslucir resentimiento—. ¿Acaso creía que podía ocultarle al mundo algo así, algo como ella? ¿Qué le hizo creer que tenía ese derecho?

El fotógrafo volvió a hacer unas fotos. El hombre tras la cámara de vídeo ajustó otra vez el volumen de su micrófono, grabándolo todo, preparándose para el momento en que lo cortaría y editaría y, finalmente, lo emitiría. Era importante que todos vieran que allí, en un pueblecito de Carolina del Norte, había un sheriff que había ocultado a la sociedad una hija capaz de hacer lo imposible.

A continuación, hubo más gritos y discusiones, pero Ava no estaba despierta para oírlo. Todo volvió a parecer lejano. La oscuridad regresó. El tiempo saltó hacia delante.

Cuando abrió de nuevo los ojos, sólo distinguió las blanquecinas placas del techo del hospital. El olor a antiséptico era como si un trapo le cubriera la cara. Tenía frío, mucho frío. En algún sitio, alguien hablaba. Comenzó a sentir pánico y trató de incorporarse en la cama, pero notó un dolor en la cabeza que se propagaba hacia fuera en ondas tan fuertes que le cortaban la respiración. No podría haber gritado aunque hubiese querido.

Y entonces el dolor disminuyó, como un rayo trazando un arco en la noche, dejando atrás la sacudida del trueno. En alguna parte, alguien seguía hablando. Era una voz baja, incoherente, similar a una canción bajo el agua. Se preguntó si así comenzaría la sordera. El sonido de la melodía se extendió, sostuvo una larga y única nota, luego se elevó y cayó lentamente. No hablaba nadie; estaba cantando. Ava captó palabras, el tono y el timbre de la voz tras ellas. Y súbitamente, como si le hubieran dado a un interruptor, la reconoció y oyó con claridad, y el consuelo que le ofreció la ayudó a apartar el dolor.

—¿Wash? —dijo, levantando la cabeza de la almohada.

El chico estaba sentado en una pequeña silla metálica junto a la pared, a los pies de la cama, con los ojos cerrados. Tenía una mano suspendida en el aire ante él, con el pulgar y el índice tocándose para formar el gesto de *OK*. Era la posición que su cuerpo adoptaba cuando se esforzaba con el tono de una canción..., que era casi siempre. Wash no tenía una voz apropiada para el canto y era consciente de ello. A su voz se le daba mejor leer en voz alta, algo que a menudo hacía para Ava.

Cuando ella habló, Wash dejó de cantar y sonrió abiertamente.

—Lo sabía —dijo.

—¿Qué sabías? —murmuró Ava con una voz débil y áspera.

Se sentó hacia delante, intentando apoyarse en los codos para verle mejor, pero su cuerpo no estaba preparado para eso. Así que volvió a recostarse en la cama, sin dejar de mirar a su amigo. Seguía siendo un ratón de biblioteca desgarrado de trece años, como siempre. Aquello la reconfortó.

—Sabía que te despertarías si cantaba.

—¿De qué hablas? —dijo Ava. Su voz sonaba hueca.

—Era «Banks of the Ohio» —aclaró él. Puso derecha la espalda y se sentó con aplomo y orgullo—. Es un hecho: la gente puede oír cosas cuando está dormida, incluso si está en coma. Tú no estabas en coma, que yo sepa; al menos, los médicos en ningún momento lo llamaron así, pero sabía que, si cantaba algo, te despertarías. —Echó la mano hacia atrás torpemente y se dio unas palmaditas en la espalda. Luego la señaló y exclamó—: ¡De nada!

—Odio esa canción —comentó Ava. Le dolía todo y estaba helada. Tenía los huesos como si estuvieran rellenos de cemento. Cuando levantó el brazo, reaccionó lenta y torpemente, y sólo hizo la mitad de lo que le había ordenado. Cerró los ojos y se concentró en respirar hondo y despacio. Eso le ayudó, aunque sólo un poco—. En serio, la odio —consiguió decir finalmente.

—Lo sé, pero si elegía una de tu agrado ya no habrías querido despertarte y decirme que me callara.

A pesar del dolor, Ava se rió.

—¿Cómo andas? —le preguntó él entonces.

—Normalmente, con los pies.

—Capulla —replicó Wash en voz baja. Se levantó de la silla y se acercó a su amiga—. En serio, ¿cómo te encuentras?

—Tengo frío... Tengo frío y me duele todo.

El chico fue a un armario grande en un rincón de la habitación y volvió con una manta. Ava le observó atenta mientras caminaba. Había algo importante que debía recordar, algo que había pasado.

Pero al intentar acordarse sólo halló gris en su mente, como la neblina que envuelve un lago bajo la luz de la luna.

Wash le colocó la manta encima.

—No sé qué puedo hacer respecto a lo demás, pero en cuanto al frío puedo ayudarte.

—Con eso vale —respondió Ava, y por fin consiguió incorporarse, apoyada sobre los codos. La sonrisa de Wash desapareció y unas profundas arrugas se formaron en su frente—. Oh, oh —dijo ella despacio—, empiezan a asomar tus trincheras mentales, lo que significa que estás pensando. Eso no es una buena señal.

—Estoy bien —aseguró, y se frotó la frente antes de ponerse a su lado—. ¿Estás preparada para todo esto? —preguntó, y Ava no entendió muy bien el tono de su voz. Había entusiasmo, pero también incertidumbre.

—¿Que si estoy preparada para qué?

Junto a la cama, Wash manoseó su camisa un momento, sacándosela de los vaqueros con torpeza. Se colocó bien la cinturilla de su ropa interior para que no se le viera, se levantó la camisa y se giró hacia un lado.

—¿Puedes creértelo? —exclamó con una sonrisa nerviosa, esperando su opinión.

Ava miró el trozo largo de piel desde la cintura hasta las costillas. El chico era delgado, larguirucho y pálido.

—¿El qué? ¿Que estás más flaco que una caja de cereales y tan pálido que podría quemarte la luz de una lamparita de lectura? Eso ya lo sabía hace tiempo, Wash. —Se rió, pero la risa se convirtió en una tos que hizo que le llorasen los ojos.

Él ignoró la broma y se giró de un lado a otro lentamente para asegurarse de que su amiga veía bien que no estaba herido. Ni magullado. Ni tenía cicatrices.

—Esto lo hiciste tú —afirmó. Entonces se bajó la camisa, cogió el mando de la televisión y apuntó hacia la pantalla que estaba colocada en lo alto de la pared, sobre los pies de la cama. Empezó a cambiar de canal, echando un vistazo rápido a cada uno. Sabía lo que estaba buscando y le frustraba no encontrarlo—. Dame un segundo. No recuerdes nada todavía. Será mucho mejor si te lo enseño. No vas a creértelo.

—Estás poniéndome nerviosa, Wash.

—¡Calla! —la interrumpió.

Por fin dejó de cambiar de canal. En la tele salía una mujer dando las noticias, vestida con un traje hecho a medida, de pie ante una gran pantalla con una foto de Ava. En la parte inferior de la pantalla se leía «LA CHICA DE LOS PRODIGIOS». Durante los siguientes minutos, Ava se quedó recostada en la cama del hospital mirando la pantalla mientras aparecían unas imágenes del Festival de Otoño. Vio el avión de Matt Cooper elevarse y descender por el cielo. Había familias, niños y gente disfrutando de los puestos, los juegos y la comida; todo parecía perfecto y todo estaba bañado por la luz del sol.

De aquello sí se acordaba.

Entonces vio que el avión subía —captó el zumbido del motor entre el sonido de los «oh» y los «ah» de la persona que grababa— y, después, el ruido del motor paró.

El vídeo se cortó y volvió la presentadora de las noticias. Miró a la cámara y habló del número potencial de vidas que podían haberse perdido, el horror y la tragedia que podría haber causado. Y entonces apareció una fotografía de Ava en la pantalla. La habían cogido del anuario. Tenía una sonrisa amplia aunque un poco incómoda, como la de alguien descontento por cómo le queda la ropa.

—En un giro de los acontecimientos, hasta ahora inexplicable —continuó la presentadora tras explicar cómo habían quedado atrapados bajo los escombros—, esta niña, Ava Campbell, curó de algún modo las heridas de su amigo. —En la pantalla había una foto de Wash mientras lo sacaban de entre las ruinas. Tenía la ropa hecha jirones y socorrían la parte de su estómago, donde hasta hacía un momento había habido una herida horrible—. El chico estaba absolutamente curado —repitió la periodista, pronunciando las palabras despacio y con una elocución impecable.

—¡Mira! —exclamó Wash entusiasmado, señalando la televisión. Volvió a mirar a Ava y de nuevo se subió la camisa, como si verificara que lo que ella veía en la pantalla y lo que veía en ese momento, en la vida real, era igual de cierto—. Lo hiciste de verdad. ¡Lo hiciste de verdad! —Sonreía otra vez de oreja a oreja, lleno de asombro, impresionado.

—No es verdad —replicó Ava, que cerró los ojos y sacudió la cabeza—. Es una broma, ¿no?

El entusiasmo desapareció de su rostro.

—Ponte derecha —le pidió él en voz baja. Se bajó la camisa y le colocó los brazos por detrás de la espalda para ayudarla a incorporarse en la cama.

—¿Qué estás haciendo?

—Confía en mí. —La ayudó a llevar los pies hacia un lado de la cama. Ella inhaló profundamente con cada movimiento y Wash puso la misma mueca de dolor que Ava—. Será rápido —aseguró—, te lo prometo. Tienes que verlo con tus propios ojos.

Los dos cruzaron la habitación con el brazo de ella por encima de sus hombros y los de él, alrededor de su cintura. Al llegar a la ventana, la ayudó a sentarse en el ancho alféizar.

—¿Dónde está mi padre? —quiso saber—. ¿Por qué no está aquí?

—No pasa nada —dijo Wash, y la miró a los ojos—. Supongo que estará ahí fuera para ocuparse de lo que intento enseñarte.

—¿A qué te referes?

—Mira —dijo él, señalando con la cabeza hacia la ventana.

Por fin se dio la vuelta y echó un vistazo por el cristal, que daba a un aparcamiento lleno de coches, furgonetas, personas, carteles y cámaras. Había gritos, ovaciones y gente moviendo pancartas. En la parte delantera del hospital, una fila de policías uniformados impedía que la muchedumbre entrase en el edificio.

—¿Qué pasa? —farfulló Ava—. ¿Qué quieren?

—A ti —susurró el chico—. Han venido todos aquí por ti. ¿Puedes creértelo? Es increíble lo famoso que es ahora mismo Stone Temple, lo famosa que eres tú. La gente viene de todas partes para verte. Cientos de personas..., tal vez miles. —La multitud de abajo se asemejaba a un océano, con oleadas de movimientos y corrientes de ovaciones, de pancartas agitándose de un lado a otro—. Es alucinante.

—Ayúdame a volver a la cama, Wash —musitó Ava.

De repente, había sentido otra vez un fuerte dolor en su interior y un vacío en la boca del estómago, que le latía como el corazón. Como si su centro no existiera, como si su cuerpo no estuviera del todo formado. De pronto, el estómago se le contrajo y perdió la fuerza en las piernas. Su amigo no fue lo bastante rápido para cogerla y cayó de rodillas. Luego tosió. Era una tos dura y ruidosa, y cayeron unas gotas de sangre al suelo. Salían más conforme tosía.

—¡Enfermera! ¡Enfermera! —gritó Wash—. ¡Que alguien me ayude!

Se esforzó por levantarla del suelo y colocarla de nuevo en la cama; aun así, continuó pidiendo ayuda.

—No pasa nada —lo tranquilizó ella mientras el chico la llevaba torpemente a la cama. No advirtió la sangre que salpicaba el vómito del suelo. Sólo Wash la vio.

—Vas a ponerte bien —dijo él en voz baja, y por el pasillo resonaron unos pasos. Ava cerró los ojos—. Antes de que lleguen —prosiguió—, quería darte las gracias. Gracias por... Bueno..., por lo que pasó. Por lo que fuera que hicieras.

—Quiero irme a casa —respondió Ava. La somnolencia y el agotamiento se alzaban como una marea en su interior—. Cuando esté allí, todo irá bien. —En su mente apareció la imagen de la casita gris de su padre en Stone Temple. Estaba descolorida y la madera estropeada, rota por algunas partes, pero el hogar siempre tiene atractivo para un niño—. No quiero nada de esto —susurró—. Yo sólo quiero irme a casa.

—Ahora todo es distinto —replicó su amigo—. Tu hogar ya no es el que era.

Cuando la niña tiene cinco años, su madre encuentra el ritmo de las cosas. Ambas han establecido un patrón en el que Ava nunca se aleja de los talones de su madre y ella siempre sonríe cuando la niña se le acerca. A menudo, en las cálidas horas de la tarde, cuando ha terminado de trabajar y su marido todavía está en la comisaría, a las dos les parece que son las únicas personas del mundo. En esos momentos, desaparecerían en las montañas por el simple hecho de desaparecer.

Heather camina delante, examinando con preocupación maternal el suelo en busca de serpientes y obstáculos, y Ava, por su parte, se encarga de salir corriendo y hacer que su madre se angustie lo justo. Mientras Heather camina, piensa en cómo podrían cambiar sus vidas en los años venideros. Prevé el día en que su hija no la necesite, cuando deje de ser una niña para convertirse en una mujer dispuesta a lanzarse al mundo y que, tal vez, no mire atrás. ¿Qué será de ella entonces?

—¡Vamos, mamá! —la llama Ava.

—Voy —responde ella.

El sol está alto, el viento en calma y la tierra vibra con el sonido de la vida. Los pájaros cantan. Los insectos zumban.

—¿Mamá?

Ava ha doblado precipitadamente un recodo en el sendero y ahora, desde ese lugar ajeno a la mirada de su madre, se percibe algo distinto en su voz. Un nudo de miedo se instala en la garganta de Heather.

—¿Qué pasa?

—¡Mamá! —grita Ava.

Heather corre entre la maleza. El miedo que siente es inevitable, un miedo que no creía posible. Pero siempre ha tenido miedo; sólo le faltaba una situación donde concentrarlo. Ahora la tenía: tenía una hija.

Cuando dobla la esquina, oye su llanto. Es un sonido húmedo y asfixiante, con un suave temblor como cuando se rompe el hielo.

—¿Qué pasa? —exclama cuando ve que la niña no se ha hecho daño.

Sobre la hierba verde y espesa reposa un ciervo. Es una hembra y tiene la piel del color del atardecer. Una flecha le sale del pecho. El animal respira con dificultad, lentamente.

—Mamá... —murmura Ava. Tiene el rostro surcado de lágrimas—. Mamá —repite. La palabra es un mantra. Heather mira a su alrededor con la esperanza de encontrar al cazador, con la esperanza de que el animal tenga un final rápido y lo menos doloroso posible. Pero no hay nadie—. ¿Va a morir?

—No es culpa tuya —responde ella, aunque no sabe muy bien por qué ha dicho eso.

Ava llora. Intenta entenderlo.

—¿Cuánto tiempo va a durar? ¿Qué ocurrirá después? ¿Alguien la enterrará?

No deja de pronunciar en voz alta las preguntas que le desfilan por la cabeza.

Su madre no tiene las respuestas. Y así ambas se sientan en silencio, compartiendo ese instante, esa pequeña parte de un mundo grande y

cruel, con un animal en su último aliento de vida. El ciervo las mira sin miedo, sin encogerse de dolor; no se aparta cuando la niña extiende una mano temblorosa y la coloca sobre su cuello. La piel del animal es suave.

Heather le da un beso a Ava en la parte superior de la cabeza. Ahora ambas lloran.

La respiración del animal es más lenta. Sin hacer más preguntas, Ava coge la flecha que le ha perforado el pulmón. Tira de ella y, tras un instante de resistencia, la saca. El ciervo tiembla, deja escapar un sonido similar al balido de una oveja. Ava se deshace de la flecha.

—Ava —dice Heather—, es demasiado tarde.

Heather ve en el rostro de la niña que lo único que quiere es que la criatura se ponga mejor. Lo único que quiere es que deje de salir sangre. Lo único que quiere es que, por esta vez, la muerte se dé la vuelta. Ava coloca las manos sobre la herida. La sangre fluye al ritmo del pulso, como un latido. Ava cierra los ojos y todo cuanto desea es que el ciervo se recupere.

A continuación, siente un temblor en las manos, como una sacudida de electricidad entre sus palmas. Entonces, el animal se levanta. Sigue sangrando, pero es capaz de caminar, aunque despacio.

Heather coge a la niña en brazos y retrocede rápidamente por la hierba. Ava está desfallecida.

—¡Ava! —grita Heather—. ¡Ava!

Heather ve cómo el ciervo se aleja lentamente, todavía respirando con dificultad, la sangre aún saliendo del pulmón perforado, aunque no con tanta fuerza como antes. Paso a paso, el animal desaparece en el bosque, dejando un reguero de sangre.

—¿Ava? —la llama Heather una y otra vez—. Por favor, despierta.
Los minutos se entrelazan unos con otros como una enredadera hasta que, por fin, Ava se mueve.

—No pasa nada —musita la niña en un tono tan quedo que su madre apenas la entiende.

Heather llora de alegría por el sonido de su voz.

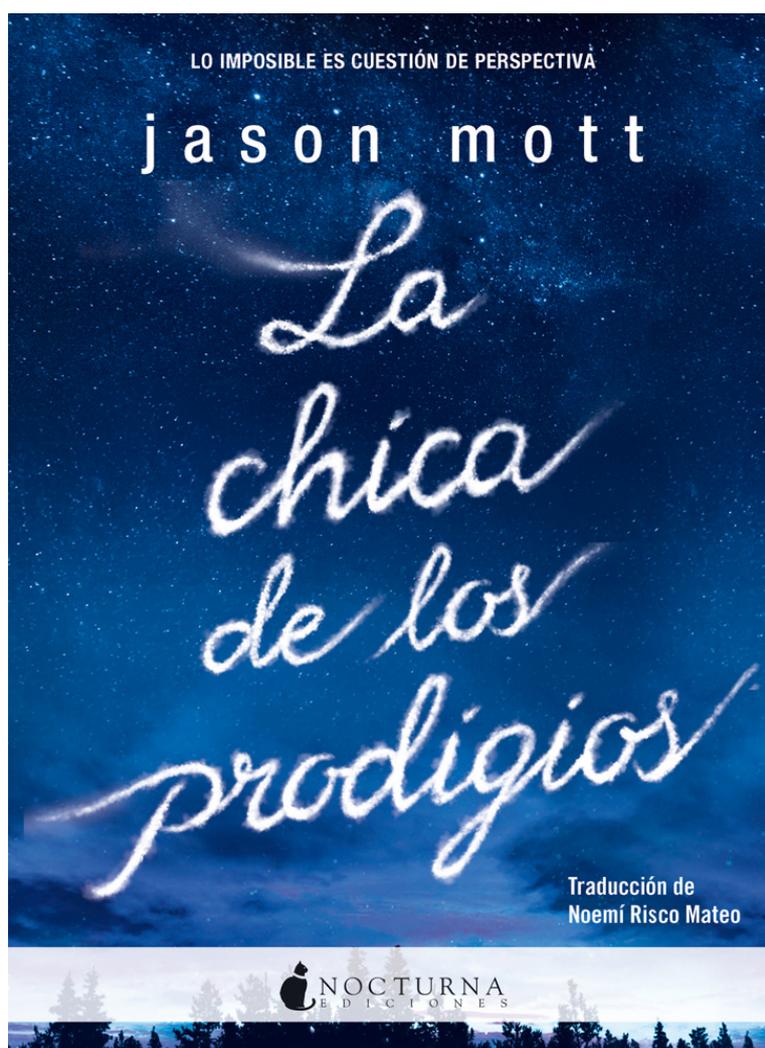
—El ciervo —susurra Ava—, ¿está bien? Deseaba que estuviera bien.

Heather mira el rastro de sangre que lleva hacia el bosque, pero no comprende nada de lo que ha sucedido.

SIGUE LEYENDO

*La chica de los
prodigios*

Jason Mott



ISBN: 978-84-944243-7-3 | PVP: 15,00 € | A la venta: 20-6-2016

 **NOCTURNA**
EDICIONES

www.nocturnaediciones.com